
Capítulo XVII.

En donde se vé que si la Prividencia protegía á Cortés por la generosa causa que defendía, no podía ménos de castigar los ambiciosos propósitos de Garay.

Sabemos ya que cuando Francisco de Garay fué á Panuco, los de Chila le desbarataron y se comieron los españoles que mataron, colgando sus cueros en sus templos para eterna memoria.

Tornó allí con más gente un año despues, y algunos historiadores dicen que tambien le echaron por fuerza del territorio.

Pero lo que se sabe de cierto es que envió á Castilla á Juan Lopez de Torralva, y que le nombraron adelantado y gobernador de Panuco, caso de que le conquistara.

Armó en virtud de esta concesion nueve naves y dos bergantines, en que metió ciento cuarenta y cua-

tro caballos y ochocientos cincuenta españoles, y algunos isleños de Jamáina.

Llevaba tambien muchos cañones, doscientos arcabuceros y trescientas ballestas.

Como era muy rico, abasteció espléndidamente sus buques de toda clase de provisiones.

Fundó un pueblo en Aire, al que dió el nombre de Garay.

Nombró alcaldes y regidores.

Confirió el primer cargo á Alonso de Mendoza y Fernando de Figueroa.

El segundo le desempeñaron Gonzalo de Ovalle, Diego de Cifuentes y Juan de Villagran.

Nombró tambien un alguacil mayor; un escribano, un procurador general y demás officios que por entonces tenia una villa en Castilla.

Tomóles juramento, é igualmente á los capitanes del ejército, de que no le abandonarían ni se rebelarían contra él.

Llenadas estas formalidades, salió de Jamáica por San Juan,

Fué á Xagua, puerto de Cuba muy bueno.

Allí supo que Cortés tenia poblado á Panuco y conquistada aquella tierra.

Esta noticia contrarió sus planes.

Para evitar que le sucediese lo que á Pánfilo de Narvaez, trató de ponerse de acuerdo con Hernan Cortés.

Escribió á Diego de Velazquez y al licenciado Alonso Zuazo, rogando á este último que fuese á Mé-

jico para hablar en su nombre á Hernan Cortés.

Zuazo se alegró infinito de ser elegido para tan honrosa mision, y despues de ir á Xagua para recibir instrucciones de Garay, se dirigió á cumplir su cometido.

Grandes obstáculos tuvo que vencer, grandes penalidades que arrostrar antes de llegar á la Nueva España.

Garay sufrió un fuerte temporal, y llegó al rio de Palmas el dia de Santiago.

Fondeó allí con todos sus navios, y envió al rio arriba á Gonzalo de Ocampo, su pariente, con un bergantin para explorar la ribera y ver qué clase de gentes y lugares se encontraban por allí.

Recorrió Ocampo quince leguas.

Volvió al cuarto dia á dar cuenta de sus exploraciones.

Dijo que la tierra era ruin y desierta.

Fué creido desde luego; pero la verdad era que hablaba sin conocimiento exacto.

Garay saltó á tierra con cuatrocientos compañeros y los caballos.

Mandó que los navios fuesen costeano por la ribera del mar en direccion á Panuco, y nombró jefe de esta expedicion á Juan de Grijalva.

Anduvo tres dias por despoblado.

Pasó un rio que llamó Montalto porque nacia en altas sierras, á nado y en balsas.

Entró en un lugar completamente desierto, en el que abundaban el maiz y las guayabas.

Dió vuelta á una gran laguna, y en sus inmediaciones cogió algunos prisioneros.

Eran estos vecinos de Chila, y sabian el castellano.

Les envió á poblaciones inmediatas, ofreciéndoles en su nombre paz y amistad.

Un momento despues volvieron, asegurándole que le cogerian benévolamente.

Fué allí, y le hospedaron espléndidamente.

Tambien le abastecieron de pan, frutas y algunas aves acuáticas.

Al ser objeto de tan amistoso recibimiento, prohibió á sus soldados que se entregaran al saqueo.

Al pronto se amotinaron; pero al fin les hizo comprender la conveniencia de aquella determinacion.

Pasaron otro rio muy caudaloso, en el que se ahogaron ocho caballos.

Metiéronse luego por unas lagunas, cuya salida no conocian.

Su fortuna fué que no hubiera por allí gente de guerra.

De otro modo, no hubiera quedado uno solo con vida.

Por fin, despues de muchos dias de privaciones y trabajos, viéndose molestados por una plaga de mosquitos, chinches y murciélagos, llegaron á Panuco.

Nuevas penalidades sintieron allí.

Acosados por el hambre, no hallaron provisiones con que satisfacer su apetito.

Mientras los soldados recorrían las casas y las registraban para ver si encontraban algo que aplacase la fiebre devoradora que sentían, Garay envió á Gonzalo de Ocampo á saber en qué actitud respecto á ellos se mostraban los soldados de Cortés que estaban en Santistéban del Puerto.

No tardó en volver diciendo que nada debía temerse de ellos.

La verdad es que se engañó ó le engañaron, y así engañó á Garay, que se acercó más de lo que debiera.

El ambicioso aventurero decía á los indios, á fin de que le favoreciesen, que venía á castigar á los soldados de Cortés, que tanto daño les habían causado.

Los de Santistéban, conocedores del terreno, salieron cautelosamente y sorprendieron á los de á caballo, que estaban en Hachapalan, pueblo muy importante.

Prendieron á un capitán y á cuarenta soldados, como usurpadores de la tierra y ropa ajena.

Mucho sintió Garay este contratiempo

Su zozobra se aumentó, porque por entónces perdió cuatro de sus naos.

Decidió, pues, no creyéndose con fuerzas para luchar con Cortés, enviar á uno de sus capitanes para conferenciar con Pedro de Vallejo, teniente del ilustre conquistador de Méjico.

El emisario llevaba el encargo de decirle que Garay iba á poblar con poderes y licencia del emperador Carlos V, y que por lo tanto se le devolviesen los caballos y hombres que se habían apresado.

Vallejo respondió que les mostrase las credenciales que le habían dado.

Requirió al mismo tiempo á los jefes de las naos que entraran en el puerto, advirtiéndoles que si desobedecían sus órdenes les consideraría como corsarios.

Estos replicaron que no reconocían en él autoridad alguna, y que harían lo que más les conviniese.

Capítulo XVIII.

Donde la conducta de Garay es un ejemplo palpable de que la codicia rompe el saco.

En vista de la actitud arrogante en que se presentaba Francisco de Garay, avisó Pedro de Vallejo á Cortés su llegada, y le dió cuenta de lo que habia pasado.

Le pedia consejo respecto á la conducta que debia observar, y le rogaba que enviase algun refuerzo y municiones.

Apenas recibió esta noticia Hernan Cortés, suspendió las expediciones que proyectaba hácia Higueras, Chiapanad, Cuahutemallan, y se dispuso á ir á Panuco.

En el momento de ir á partir, llegaron á Méjico Francisco de las Casas y Rodrigo de Paz con cartas del emperador y con las provisiones de la gober-

nacion de la Nueva España y todo lo que hubiere conquistado, especialmente Panuco.

Por esta razon no fué, pero envió á Diego de Ocampo, su alcalde mayor, para sustituirle al frente de numerosas fuerzas.

Anduvieron en demandas y respuestas Francisco de Garay y Ocampo.

Uno decia que la tierra era suya, puesto que el rey, se la daba.

El otro opinaba lo contrario, en razon á que el rey mandaba que no entrase en ella: teniéndola poblada Cortés.

Alegaba que esta era la costumbre que se seguia en la conquista de las Indias.

De suerte que la gente de Garay padecia entre tanto.

En su desesperacion deseaba el triunfo de los contrarios.

Martin de San Juan, guipuzcuano, y Antonio Castromocho, capitanes de unas naos, eran de los que más deseaban poner término á aquella penosa situacion.

Conferenciaron secretamente con Pedro de Vallejo.

Le dijeron que podia disponer de las naves que mandaban.

En cuanto las tuvo en su poder, requirió á Grijalva para que entrase en el puerto ó se alejase de allí.

Así lo exigian las costumbres navales.

Grijalva le respondió con algunos disparos de artillería.

El escribano real le requirió por segunda vez, y al ver Grijalva que las otras naves se entraban por el río, surgió en el puerto con la capitana.

Prendióle Vallejo.

Mas luego le puso en libertad Ocampo, y se apoderó de los navíos.

Garay pidió sus navíos y gente, mostrando los poderes que le habia concedido el emperador, manifestando que queria ir á poblar en el río de las Palmas.

Se quejaba amargamente de Gonzalo de Ocampo por los malos informes que le dió del río de las Palmas.

De los capitanes del ejército y oficiales de consejo, que no le dejaron poblar allí en desembarcando, como el queria, para no caer en el desagrado de Hernan Cortés, á quien respetaba y admiraba por su valor.

Diego de Ocampo y Pedro de Vallejo le aconsejaron que escribiese á Cortés, y que entretanto se fuese á poblar en el río de las Palmas, pues era tan buena tierra como la de Panuco.

Le ofrecieron tambien devolverle los navíos y hombres que habian apresado, y abastecerle de armas y provisiones.

Garay aceptó aquel partido, y escribió al ilustre caudillo.

Despues se ordenó y pregonó por la ciudad que

todos se embarcasen en los navíos que fueron, so pena de azotes.

Tambien se mandó que los que habian comprado armas las entregasen.

Los soldados comenzaron á murmurar, y se resistieron á obedecer estas órdenes.

Algunos se internaron en el territorio, y perecieron á manos de los indios.

Otros se escondieron, y así se disminuyó en gran parte el ejército.

Muchos se opusieron á proseguir la expedicion, alegando que los navíos no ofrecian condiciones de seguridad, toda vez que se hallaban podridos y averiados, y que no querian perecer de hambre, como habian sucumbido muchos de sus compañeros.

Garay les rogaba que no le abandonasen.

Aprovechaban todas las ocasiones para evadirse, y hubo noche en que se escaparon cincuenta.

Desesperado Garay, vió que no le quedaba más remedio que pedir auxilio á Cortés en su aflictiva situacion.

Sacrificando su amor propio, escribió al caudillo implorando su proteccion.

En el momento en que obtuvo respuesta se trasladó á Méjico.

Allí fué hospedado espléndidamente, y al día siguiente de su llegada se celebró una capitulacion honrosa para ambos.

Las contrarias emociones que habia experimentado Garay desde su salida á España, los muchos peli-

gros que habia arrastrado, las privaciones que habia sufrido, los mil disgustos, en fin, que habia tenido, menoscabaron su salud.

Postrado en el lecho, recordaba con pena los primeros años de su vida.

La conciencia le hacia ver en todos los contratiempos de su vida una justa expiacion por los desgraciada que habia hecho á la que con él se habia unido.

Habia momentos en los que maldecia sus riquezas, porque ellas habian sido causa de que despertasen en él su ambicion de gloria.

No hallaba consuelo á su dolor, y como su imaginacion no descansaba, como le mortificaban los remordimientos, su enfermedad avanzaba rápidamente, y todos comprendian que el fin de su vida se acercaba á pasos agigantados.

No se le ocultaba á él mismo la gravedad de su estado, y llamó á un escribano para hacer testamento.

Dejó por albacea á Cortés, y despues de conferenciar con él breves instantes acerca de su pasada vida y de las circunstancias que le habian conducido á tan desesperada situacion, espiró.

Hay quien cree que no murió de muerte natural.

Sin embargo, el doctor Ojeda y el licenciado Pedro Lopez que le asistieron durante su enfermedad, certificaron que habia fallecido á consecuencia de un ataque al corazon.

Así terminó sus dias Francisco de Garay, pobre, descontento, en casa ajena, en tierra de su adversario, pudiendo, si no hubiera sido ambicioso de gloria, morir rico, tranquilo en su casa, en medio de los consuelos de su cariñosa esposa.

Capítulo XIX

La pacificación de Panuco.

En el momento en que Francisco de Garay se dirigió á Méjico, hizo Diego de Ocampo salir de Santistéban con público pregon á los capitanes y hombres principales del ejército de Garay.

Temia que cometieran algun desman, porque muchos, y entre ellos Juan de Grijalva, Gonzalo de Figueroa, Alonso de Mendoza, Lorenzo de Ulloa, Juan de Medina, Juan de Avila y Antonio de la Cerda, eran muy amigos de Diego de Velazquez.

Los soldados, al verse sin jefes que les contuvieran, comenzaron á entregarse á los mayores excesos.

Ibanse á los lugares vecinos, se apoderaban de cuanto hallaban, ultrajaban á las mujeres, y cometian las mayores tropelías.

Desesperados los indios de la conducta de la soldadesca, cayeron en un momento dado sobre sus opresores, é hicieron una terrible carniceria.

En breve tiempo mataron y comieron cuatrocientos españoles.

Embriagados por el triunfo, trataron de combatir á Santistéban.

Pero los que guardaban la plaza salieron al campo, y castigaron la osadia de los indios.

No escarmentaron, sin embargo, por esta derrota.

Algunos dias despues se supo que en Tuzetuco habian quemado una noche cuarenta españoles, y quince caballos.

Se trasmitió la noticia á Cortés, y dispuso que Gonzalo de Sandoval, con cien soldados españoles, cincuenta de á caballo y cuatro piezas de artillería, fuese á vengar los ultrajes que le habian inferido.

Formaban tambien parte del ejército expedicionario más de treinta mil indios al mando de dos personajes mejicanos.

Caminó Sandoval á grandes jornadas, peleó dos veces con los de la provincia de Panuco, los desbarató y entró en Santistéban.

Cuando llegó Sandoval sólo encontró cien españoles y veintidos caballos.

Si hubiera tardado un poco más tiempo, es posible que no hubiera hallado uno vivo, tanto por no tener que comer, cuanto por lo rudamente que les atacaban los indios.

El valeroso capitán distribuyó en tres grupos los españoles.

Entraron por tres puntos distintos, matando y quemando cuanto hallaron.

Obtuvieron pingües despojos, abrasaron muchos lugares, mataron muchísimas personas y cogieron muchos prisioneros.

Entre estos había sesenta señores principales.

Formóse proceso de todos ellos, y por sus declaraciones fueron condenados á perecer en las llamas.

Cuatrocientos sufrieron este horrible castigo, é igualmente los sesenta señores referidos.

Los demás fueron puestos en libertad.

Aterrorizados por el cruel espectáculo que habían presenciado, juraron solemnemente acatar y obedecer en lo sucesivo á los cristianos.

Cuando Cortés se convenció de que nada tenía que temer en Panuco, llamó á Marina, y con cariñoso acento le habló de este modo:

—Tiempo es ya, mi buena Marina, de que los importantes servicios que me has prestado obtengan el galardón que merecen.

—No hay para mí mayor satisfacción, —contestó la india, —que saber que en algo he contribuido á tus gloriosas conquistas.

—Lo sé; pero esto no obsta para que yo trate de recompensarte.

—Mientras posea tu cariño nada ambiciono.

—Ese no te faltará nunca.

—Entonces, ¿qué más puedo ambicionar?

—Yo te ruego que me escuches, y que aceptes lo que voy á proponerte.

—Habla.

—Pacificada la ciudad de Panuco, acatando mi autoridad sus habitantes, se hace necesario que yo mande allí una persona de toda mi confianza.

—¿Y bien?

—Nadie como tú tiene tantos títulos para ser reina de Panuco.

—Agradezco mucho ese honor, que estoy muy lejos de merecer. Por otra parte, me sería muy doloroso tenerme que separar de tí ahora que felizmente he vuelto á tu lado.

—Comprende que sólo tu bien me inspira lo que acabas de oír.

—No lo dudo, Cortés mio; pero te ruego que nombres otra persona que pueda interpretar mejor que yo tu voluntad.

—Difícilmente la encontraría; he tenido ocasion de conocer tus privilegiadas cualidades, y sé que tienes talento, valor, energía para sobreponerte á cualquiera complicacion que pudiera surgir en el gobierno de la provincia.

—El amor te hace juzgarme apasionadamente. Además debo velar por mi hijo, debo consagrarme por completo á él, y las obligaciones que pesarian sobre mí si aceptase tu proposicion, robarian á mi hijo gran parte de mis caricias.

—Pues precisamente por nuestro hijo, por su prosperidad, no debes vacilar un momento en secun-

dar mis planes. Reina tú de Panuco, podía sucederle en el trono nuestro querido hijo, y aseguraríamos de este modo su porvenir.

—¿Quién sabe, amado mio, lo que podrá ocurrir antes de que llegue ese día!

—Desecha vanos temores, y disponte para ir á tomar posesion del trono.

—Un pensamiento me dice que si me separo de tí, jamás volveré á verte.

Y al pronunciar estas palabras, resbalaban por las mejillas de la india abundantes lágrimas.

Cortés se sentía conmovido, porque comprendia lo mucho que le amaba Marina.

Permaneció silencioso algunos instantes, respetando el dolor de la madre de su hijo, y al fin añadió:

—Serénate, bien mio; yo te prometo que en breve iré á reunirme contigo. Considera además qué es preciso sacrificarnos por el porvenir de nuestros hijos. Este es un deber sagrado, y yo confio en que tú has de cumplirle.

Estas palabras decidieron á Marina á obedecer á Cortés.

—Tienes razon,—dijo;—estoy á tus órdenes.

El ilustre caudillo dictó las órdenes convenientes para la ceremonia que debia tener lugar en Panuco, y dos dias despues se dirigió Marina á esta ciudad, seguida de un lujoso acompañamiento.

Su entrada triunfal se verificó con la mayor solemnidad, y se celebraron grandes fiestas para perpetuar aquel acontecimiento.

La apasionada india, en medio de la alegría general que reinaba en Panuco, se acordaba de su amante y exclamaba á veces:

¡Quién sabe si Cortés, cansado de mí, para separarme de su lado ha acudido á este ardid! De todos modos, no me quedaba más remedio que obedecerle; antes que su amor, es el porvenir, la felicidad del hijo de mis entrañas.